



Iniciábamos el año litúrgico, el primer domingo de Adviento, con una súplica: *“salir animosos al encuentro de Cristo que viene”* (or. colecta) para llevar a todo lo creado, en palabras de san Cirilo de Alejandría, *“a la antigua belleza de la naturaleza que es imagen del que la creó”* (Lib. 4 Sermón I).

Este camino de fe que vamos recorriendo, iluminados por la Palabra de Dios, está lleno de obstáculos que pueden hacer fracasar este reto que tenemos. San Agustín dirá a los recién bautizados: *“Después del bautismo queda aún la travesía del desierto, la travesía de la vida que vivimos en la fe, hasta que lleguemos a la tierra de promisión...donde el Señor es nuestra porción. Hasta que lleguemos allí, toda esta vida es para nosotros un desierto y una tentación continua...”*; de ahí que, en la oración colecta de este día, se pida al Dios del cielo que *“aparte de nosotros toda adversidad”* porque, el mero coraje personal no basta para superarla. Tentación continua es olvidar, como cada domingo profesamos en el Credo, que el Señor *“vendrá de nuevo con gloria para juzgar a vivos y muertos”* y, de este modo, inaugurar un reino *“que no tendrá fin”*.

Para poder vencerla, la Escritura Santa, en este día, nos recuerda:

-El **Señor**, de forma repentina, **se presentará**.

-De ahí la **necesidad de velar**.

Estar despiertos para poder pronunciar en el momento final, como dirá el P. Arrupe, **“el último amén de la vida presente y el primer aleluya de la vida definitiva”**.

Como no sabemos la *“hora”*, la vigilancia necesita apoyarse en la paciencia. No es una virtud que se cultive mucho en nuestro vivir, puesto que todo se quiere alcanzar al momento, ¡ya!

Si miramos a nuestro alrededor, los ritmos de la naturaleza nos ofrecen una jugosa reflexión puesto que **«natura non facit saltus»**, la naturaleza no permite saltos, como afirmaban los antiguos.

Carl Nilsson Linnaeus, gran médico, botánico y naturalista de Linneo, padre de la clasificación científica moderna de los organismos vivos, en su ensayo **Philosophia botánica** (1751) resumió eficazmente lo que había intuitido: *«En la naturaleza todo de poco en poco y sin saltos»*.

Es un aspecto del mensaje que se nos ofrece en este domingo: saber tener paciencia que siempre ayuda, por otro lado, a vivir en armonía interior, puesto que *“es la virtud que controla la angustia, la depresión, la amargura provocada por los inconvenientes, las desgracias, el dolor y fortalece la voluntad en orden a lo bueno”*.

El Papa Benedicto XVI afirmó que el mundo *«es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres”*.

Fabio Paglieri, presidente de la **Asociación Italiana de Ciencias Cognitivas**, en un ensayo suyo que lleva por título **Saper aspettare** (Saber esperar), recuerda que de las cuatro virtudes cardinales, dos tienen relación con esta virtud que es fuente de equilibrio:

a) La **“Fortaleza”** (mantener intenciones firmes).

b) La **“Templanza”** (moderar los apetitos inmediatos, para evitar distracciones).



El cardenal Carlo Maria Martini escribió que esta virtud *«es la que sazona todas las acciones cotidianas, es la paz que viabiliza los caminos de la existencia»* y Santiago, a su vez, en su carta, nos dice: *“tened paciencia hasta la venida del Señor”* (5,7). Para poner en práctica esta recomendación y dejarnos guiar por ella, necesitamos el don de la sabiduría. A ello nos invita la lectura primera.

Cuando le pedimos a Dios que nos conceda esta gracia, no le estamos diciendo que nos haga más inteligentes, sino que sepamos dar testimonio de que esperamos *“el domingo sin ocaso en el que la humanidad entrada entrará en su descanso”* (pf. X).

Necesitamos, en este tiempo de expectación, tener *“bien dispuestos cuerpo y espíritu”* (or. colecta). Sabemos que esta oración ha de llegar *“...hasta ti... Señor”* (ant. de entrada), pero no podemos olvidar que *“El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su reino”* (Pf. III Adviento).

Acoger a los otros al calor de la fe, significa poner en práctica el estilo de vida que pide san Pablo a los Efesios (4, 1-6): *“...humildes y amables... comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz”*.

Es el aceite que necesita la lámpara de nuestra vida para aguardar al Hijo de Dios.





Un salmo para rumiar

Sal 62, 2. 3-4. 5-6. 7-8



**Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti, como tierra
reseca, agostada, sin agua.**

**¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!**

**Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.**

**Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.**

**Me saciaré como de enjundia y de manteca
y mis labios te alabarán jubilosos.**

**En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo.**

Todo el salmo 62 (63) es una invitación a la cercanía y el recogimiento. Aviva en quien lo rumia el gozo de sentir el calor tierno de Dios; la alegría de buscarlo cada mañana, desde el momento en que empieza a "desperezharse la luz" con el nuevo amanecer.

Es un canto, a la vez que un reto, a la intimidad con quien nos ha creado.

El Señor desea "tiempo a solas" con nosotros para poder tener una relación personal envuelta en

ōtium (palabra latina que significa tiempo libre para oír, aprender, para la quietud) a fin de poder mirarlo con atención. Él nos creó, "tejiéndonos" en el seno materno (Sl 139/138, 13). Sabe los detalles íntimos de nuestras vidas (Lc 12, 7). Nos invita a venir a Él para conocerlo (Is 1, 18; Ap 22, 17; Cantares 4:8).

Cuando deseamos esta relación íntima, por Él madrugamos y, como María, nos sentamos a sus pies para escuchar su voz (Lc 10, 39); entonces tendremos hambre y sed de justicia y, para nuestro gozo, seremos saciados (Mt 5, 6).

"El hombre lleva dentro de sí un misterioso deseo de Dios", afirma Benedicto XVI, que hemos de constantemente avivar a fin de que, como el fuego, no acabe apagándose por falta de aire.

¿Cómo hacerlo?

– Con **palabras de ternura**, como las del salmista, que se escapan del corazón en momentos de soledad y de silencio.

– **Releyendo la Sagrada Escritura** en la que siempre encontraremos palabras nuevas que nos estremecen. Es camino de obediencia y de pertenencia.

– **Cuidando la gratitud**, como "telón de fondo" de nuestra interioridad, por medio de una bendición invocada sobre el mundo, sobre la Iglesia, sobre el prójimo etc.

– **Bondad** hacia todos.

– **Siguiendo el ejemplo de Jesús** "que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos". (Mc 10,45);

– **Cultura de confianza**, que libera.

– **Purificación** constante del pecado.

Todo un itinerario para ser saciados en la mesa eucarística.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XXXII
tiempo "per annum" "A"**

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se provieron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuasas de aceite con las lámparas.

Mateo 25, 1-13

Radiante e inmarcesible es la sabiduría, la ven con facilidad los que la aman y quienes la buscan la encuentran. Se adelanta en manifestarse a los que la desean. Quien madruga por ella no se cansa, pues la encuentra sentada a su puerta. Meditar sobre ella es prudencia consumada y el que vela por ella pronto se ve libre de preocupaciones.

Sabiduría 6, 12-16